

Objetos del deseo

Leda Rendón

The Bling Ring (titulada en México *Ladrones de la fama*), el nuevo filme de Sofia Coppola, retrata esa amplia zona de la industria del espectáculo estadounidense que vive de la sola apariencia, sin talento alguno. Sólo hay una *hybris* para sus protagonistas: la belleza, la fama y el dinero son razones por las que vale la pena transgredir las leyes. La historia se le reveló a la directora de *Lost in Translation* y *The Virgin Suicides* al leer un artículo en *Vanity Fair* sobre un grupo de jóvenes que habían asaltado —por mero placer fetichista— las residencias de Paris Hilton, Megan Fox, Lindsay Lohan, Orlando Bloom y algunas estrellas más. El botín era de varios millones de dólares y los ladrones presumían en fiestas y redes sociales sus travesuras. Es de suponer que a la directora le atrajo lo banal y representativo del suceso: se le reveló, quizá, la capacidad mimética de la industria en la que creció. Los bandidos son apodados *The Bling Ring*. Persiguen el vacío, lo hueco es su asidero, y su meta es poseer lo que brilla y tiene nombre de diseñador y que ha sido de alguna figura del espectáculo.

Los antihéroes *The Bling Ring* requieren de modelos para imitar, y la Red se convierte en herramienta indispensable para lograrlo. Así, sin ningún problema, consiguen direcciones y horarios de celebridades, entran por puertas mal cerradas o con la clásica llave bajo el tapete. No se permite escatimar para construirse un doble. La propia piel es insulsa, se desgasta, apesta. Devenir un objeto icónico es indispensable para los personajes interpretados por Emma Watson, Katie Chang, Claire Julien, Israel Broussard y Taissa Farmiga. Representar el vacío no es simple, la línea que lo separa de lo banal es muy delgada y el guión se antoja por eso complaciente: la unidimensio-

nalidad de los personajes no funciona. Si tan sólo los objetos hubieran adquirido una especie de alma. Al querer representar lo insustancial de la farándula de Hollywood y, por lo tanto, de una parte de la sociedad norteamericana, la película puede parecer absurda y falta de profundidad, pero su buena factura hace detenerse a pensar en ella como un agradable intento de fotografiar lo hueco.

Es necesario *vivir la vida loca*. Se trata de violar las reglas, está visto que quien las sigue vive en el abismo de la mediocridad: un monstruo para la sociedad del consumo. Los objetos son la llave para devenir otro; para vivir un mundo de fantasía en el que ser famoso es la meta. Estos adolescentes, locos y criminales, le resultan especialmente atractivos al público que ve retratadas sus fantasías. *The Bling Ring* es un juego de espejos y pantallas en el que la fantasía infecta a la realidad. El filme revela que el sueño americano respira bajo el influjo de la apariencia. Por otro lado, la película tiene la virtud de presentar lo plástico al cubo, cosa que, paradójicamente, pone a las estrellas en un nivel terrenal que asusta. El vértigo radica en el vacío total; no hay nada que valga la pena bajo el cascarón pulido de los personajes representados.

Una falsa idea de perfección persigue a los protagonistas, “van de compras” a la casa de sus estrellas veneradas; a través de sus objetos viven la ilusión de ser ese otro que se antoja aun más familiar que el propio yo. ¿Se transforman en sus ídolos a través de sus cosas o son las piezas “quienes” los modifican y gobiernan? Ya que, como apunta Jean Baudrillard al referirse a los objetos: “hoy en día son los actores de un proceso global en el que el hombre no es más que el personaje o el espectador”. La moda lo

enajena todo. Los héroes se hacen a tropezones; sin darse cuenta ya son como el del espejo-pantalla. Lo paradójico es que ellos quieren ser, por ejemplo, Lindsay Lohan, y ella quiere escapar de serlo: todo indica que su imagen es “perfectible”, pero estos muchachos la descubren fascinante porque les devuelve la ilusión de una identidad mejorada. Paris Hilton —a quien le hacen un *cameo*— asume sin problema su condición de icono; en tanto objeto, se sabe susceptible de ser reproducida. Lo ideal sería que el espejo —como con los vampiros— no reflejara nada. Finalmente lo que vemos en el cristal es una imagen deformada de nosotros mismos.

Los adolescentes del filme atraviesan por una especie de euforia mimética. Ya presas del deseo viven la ilusión de que los objetos de sus modelos existenciales propiciarán su metamorfosis. Se trata de ser un desierto, de construirse una personalidad, una máscara que acabará por adueñarse de todo. ¿Qué hay detrás de la vida de *glamour* en Hollywood? Una hoja en blanco, un espejo o una pantalla. Sin embargo, el vacío produce destellos de luz que parecen querer decir algo. Los objetos para los héroes —adolescentes megalómanos y egocéntricos— son extensiones, su único contacto con el mundo. El deleite es una vida sin esfuerzo, rápida, de acumulación y desperdicio. Lo que hace falta en *The Bling Ring* es algo de romance y perversión; resulta extraño que personas tan atrevidas tengan una vida sexual nula. El universo de Sofia Coppola privilegia la forma y hace visible la falsedad y la pose. Hay que decir a su favor que la edición, la música y la fotografía son de excelente factura, así como sus implicaciones en el ámbito de las sociedades ultramodernas. **U**